

DE SIRENAS Y SIRENIOS

JUAN J. MORRONE ⁽¹⁾

ADRIÁN D. FORTINO ⁽²⁾

Qué nos deparará el destino al final de nuestra osada travesía? Era remota la fecha de llegada y no contábamos con un derrotero cierto. Además, en cubierta eran cada vez más insistentes los rumores acerca de hermosas doncellas que desde el mar emitían promisorios gemidos, incitando a mis hombres a abandonar el navío.



*La sirena,
ilustración de Adrián Fortino.*

La situación era cada vez más preocupante. Debía llamarlos al orden con demasiada frecuencia. Pese al rigor de mis acciones, no lograba disuadirlos de olvidar esos irritantes desvaríos. En principio, creí

atribuir esta circunstancia a la añoranza que sentían por sus mujeres, o a que se hallaban aquejados por alguna peste, desconocida por mí. Con el transcurrir del tiempo, ya no supe qué pensar.

Típica representación de una sirena, con algunos de los caracteres de ave que se le atribuían en la Antigüedad.



En la madrugada del veintiuno de enero se desató una terrible tormenta. En cubierta cundía la desesperación. Ráfagas de viento azotaban las castigadas velas. Pesadas columnas de agua golpeaban una y otra vez la proa. Mis enajenados hombres atribuían la tempestad a la ira de las doncellas del agua que, por no obedecer a sus llamados, reaccionaban con inusitada crueldad. Embargados por la desesperación, algunos abordaban las frágiles chalupas y se lanzaban a las turbulentas aguas. Otros se arrojaban a la revuelta mar, sin importarles su suerte.

Las sirenas en la Odisea.



Aunque parezca increíble, luego de la cruenta masacre se instauró la calma. Durante la mañana siguiente, el abrasador sol fue mudo testigo de las cuantiosas bajas registradas durante el conteo. Esto había colmado mi paciencia; ya eran demasiados los hombres que había perdido y no aceptaba la idea de dejar huir al resto de mi aterrada tripulación. Me urgía develar el misterio en que me hallaba inmerso. Tomé el catalejo y me dispuse a enfrentar una tensa vigilia.

El atardecer me sorprendió avistando tierra. El júbilo embargó mi alma. Sinuosas palmeras deleitaban mis agotados ojos y una embriagante brisa nos envolvió en exóticos aromas. En el ocaso, las vecinas costas se cubrieron de una espesa bruma. ¿Qué es lo que estaba viendo? Refregué mis ojos dos veces. ¿Era fruto de mi imaginación o era real lo que veía? ¿Bellas mujeres con cola de pez nadando entre las olas?, ¿voluptuosas ninfas sobre las rocas?, ¿hembras retozando entre risas y susurros?...

¿Por qué los relatos acerca de sirenas serán tan frecuentes entre los marinos de las más diversas culturas? ¿Existirán estas criaturas? ¿Serán fruto de creencias o mitos conservados desde épocas pretéritas? O tal vez, ¿se tratará de interpretaciones fantásticas surgidas de algún ser real?

Desde el fondo de la historia

El primer registro de criaturas mitad humana y mitad pez surge hacia el 5000 a. C. en la antigua Babilonia, con los dioses Oannes y Atargatis. Debido a su doble apariencia, ellos podían pasar su vida tanto en la tierra como en el mar. De acuerdo con Berossus, Oannes emergió del mar de Eritrea y les enseñó a los babilonios el alfabeto, las artes y las ciencias.

Criaturas con rasgos afines aparecen también en la mitología de la India y de Grecia. Según la tradición griega, las sirenas eran divinidades inferiores, hijas del dios fluvial Aqueloo y de la diosa Gea. Cuenta la leyenda que fueron vencidas por las musas en un concurso de canto.

Hacia el año 77 d.C., el naturalista romano Plinio describió a las nereidas como seres cubiertos completamente de escamas, incluso en aquellas partes del cuerpo con aspecto humano; ellas se hallaban reposando en la costas marinas. En el momento de su muerte, las nereidas emitían un fuerte gemido lastimero.

La literatura clásica no estuvo ausente de

hechos como los anteriormente citados. En la Odisea, Ulises taponó los oídos de sus hombres con cera de abejas, para que no oyeran cantar a las sirenas y se arrojaran desesperados al mar. El, en cambio, se hizo atar al mástil de la nave para poder escucharlas, a salvo de no caer bajo sus influjos. En otra obra clásica, Jasón y los Argonautas usaron una táctica diferente, pues fueron protegidos por el canto de Orfeo, que resultó más cautivador que el de las sirenas.

En el manuscrito vikingo "El espejo del rey" (*Konungs Skuggsjá*) del siglo XIII, se describió una sirena como una criatura con aspecto humano, de gran tamaño y carente de manos, que emergía erguida de las aguas precediendo a una tormenta.

Durante la Edad Media hubo cierta ambigüedad acerca del cuerpo de las sirenas, hasta que Richard de Fourni, en su "Bestiaire d'Amour", determinó la existencia de dos tipos de sirenas: una, mitad mujer y mitad pez, y la otra, mitad mujer y mitad ave. Ambas hacían música, ya sea con trompeta, con arpa o mediante su voz. Otros bestiarios medievales también tuvieron por protagonistas destacadas a las sirenas. Estas encantaban los oídos de los marinos mediante dulces gemidos melódicos, provocándoles tal excitación sexual que los hacía abandonar sus naves. Una vez que ellas los poseían, los hacían caer en profundos sueños y luego les daban muerte. De esta manera, los humanos que son encantados por bellas voces y bajos placeres, pierden su vigor mental, convirtiéndose en presa fácil del demonio. La Iglesia pretendía encarnar en las sirenas el carácter diabólico del sexo femenino; en ciertas ocasiones las representaba sosteniendo un espejo y un peine, emblemas de vanidad y prostitución, mientras que en otras las asociaba con la música, la que podía conducir al pecado según las creencias de la época.

En busca de evidencias

El hallazgo de pruebas acerca de la existencia de sirenas, dragones y unicornios, que integraba la tradición cristiana, habría de convertirse en emprendimiento común de muchos religiosos dedicados al estudio de la



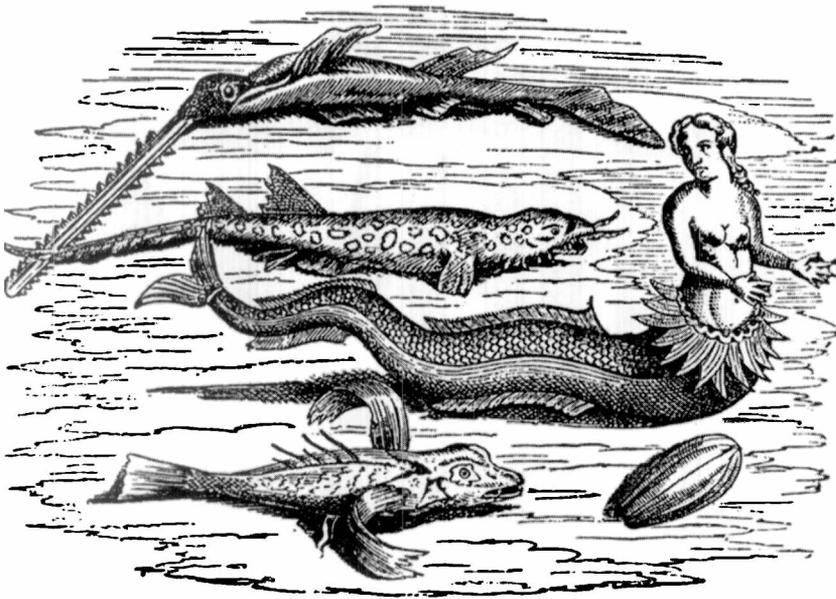
Historia Natural. En América del Sur, los jesuitas recogieron innumerables testimonios acerca de criaturas acuáticas, que asociaron con las sirenas. En el "Trato do Terra e Gente do Brasil" (1585), el padre Fernão Cardim señaló que el Igpupiará sólo podía ser distinguido de los seres humanos por sus ojos sumamente hundidos. La hembra de esta especie era hermosa y poseía largos cabellos; se caracterizaba por estrangular a los hombres y luego devorar sus genitales, dedos, nariz y ojos. Evidencia de ello eran los cuerpos mutilados que con cierta frecuencia aparecían en las costas.

En un capítulo de la "Historia de la provincia de Santa Cruz", Pero de Magalhães de Gandavo relata un interesante incidente ocurrido en 1554 en San Vicente. Los fuertes gritos de un grupo de mujeres amerindias atrajeron la atención del joven Baltasar Ferreira, quien avistó una enorme criatura cubierta de pelos, que se desplazaba por la costa. Empuñando su espada, Ferreira dio muerte al monstruo, el cual luego fue expuesto públicamente.

Henry Hudson relata en 1608 el avistaje de una sirena cerca de Novaya Zemlya (Rusia), cuya apariencia era la de una mujer con piel muy blanca, largos cabellos negros y cola semejante a la de un delfín.

Samuel Fallours, pintor oficial de la

*Capitel
con una sirena,
en la catedral de Notre-Dame
de Le Puy (Francia),
siglo XII.*



Representación de una sirena de François Valentijn en la "Historia Natural de Amboina".

Compañía Holandesa de las Indias Orientales, incluyó en 1718 una sirena en un grabado que ilustraba varias especies marinas. Otros autores posteriores continuaron incorporando sirenas en sus descripciones de la fauna de estas islas. De acuerdo con la "Historia Natural de Amboina" de François Valentijn, se capturó una sirena cerca de las costas de Borneo, la cual poseía un metro y medio de longitud. Esta criatura vivió en tierra sólo por cuatro días, siendo mantenida viva en un barril lleno de agua, emitiendo chillidos agudos como los de un ratón.

Fraude exhibido por P. T. Barnum como restos de una sirena.



Pontoppidan, el obispo de Bergen estudioso de la fauna marina, desmitificó muchas de las leyendas acerca de las sirenas. A pesar de ello, dio por válida su existencia teniendo como argumento los reportes de miembros de su diócesis.

En el año 1723, se llegó a constituir una Comisión Real Danesa, para determinar si las sirenas existían o no; de demostrarse su inexistencia, sería ilegal hablar de ellas. Como los miembros de la comisión avistaron una sirena flotando en el mar cerca de las islas Faroe, la prohibición nunca se llevó a cabo.

De hallazgos y fraudes

En innumerables ocasiones a lo largo de la historia se ha intentado legitimar la existencia de las sirenas. A mediados del siglo XVII, el anatomista holandés Thomas Bartholin publicó un tratado con una selección de sus más curiosas disecciones, en una de las cuales analizaba la mano y la costilla de una sirena capturada en el Brasil. Este autor señalaba la existencia de

una membrana interdigital, semejante a la de las patas de un ave acuática a la vez que destacaba las grandes dimensiones, tanto de sus falanges como de la costilla. Bartholin atribuyó estas características a la adaptación de un ser humano a la vida acuática.

Desde el Renacimiento, se hicieron comunes en Europa distintas "faux sirènes", construidas combinando esqueletos o cuerpos desecados de pequeños monos y peces. Entre estas falsas sirenas, se destacan las "Jenny Hannivers", confeccionadas a partir de rayas hábilmente dispuestas y secadas en posición ventral, de modo que sus orificios nasales semejan los ojos y sus aletas pélvicas, los brazos de las sirenas.

En 1842, Phineas Taylor Barnum divulgó en los EE.UU. una historia referida a las difíciles peripecias que protagonizó para adquirir los restos de una sirena. Tras sucesivas notas aparecidas en diversos periódicos del país, generó en la opinión pública una enorme expectativa. Tal es así que la breve exposición de estos restos, organizada en el American Museum de New York, fue visitada por una infinidad de curiosos y le reportó miles de dólares de ganancia. Esta historia sería denunciada 150 años más tarde por A. H. Saxon, autor de la biografía de Barnum, como uno de sus más vergonzosos fraudes.

Sirenios, manatíes y dugongos

En sus memorias, Cristóbal Colón observó: "... en una bahía de la costa de Hispaniola vi tres sirenas, pero no eran ni con mucho tan hermosas como las del antiguo Herodoto". Pronto los españoles hallaron que en realidad no se trataba de sirenas, sino de unas criaturas para las que carecían por completo de antecedentes. Para denominarlas, adoptaron el nombre indígena *manatí*. De acuerdo con diferentes testimonios, los manatíes proporcionaban una excelente carne, la cual -tratándose de un supuesto pez y no de un mamífero- podía ser comida durante el tiempo de Cuaresma. Según John Esquemeling ("Bucaniers of America", 1684) su carne era sabrosísima, teniendo el color de la carne de vaca y el sabor de la de cerdo, y conteniendo abundante grasa, que los piratas almacenaban en recipientes de barro.

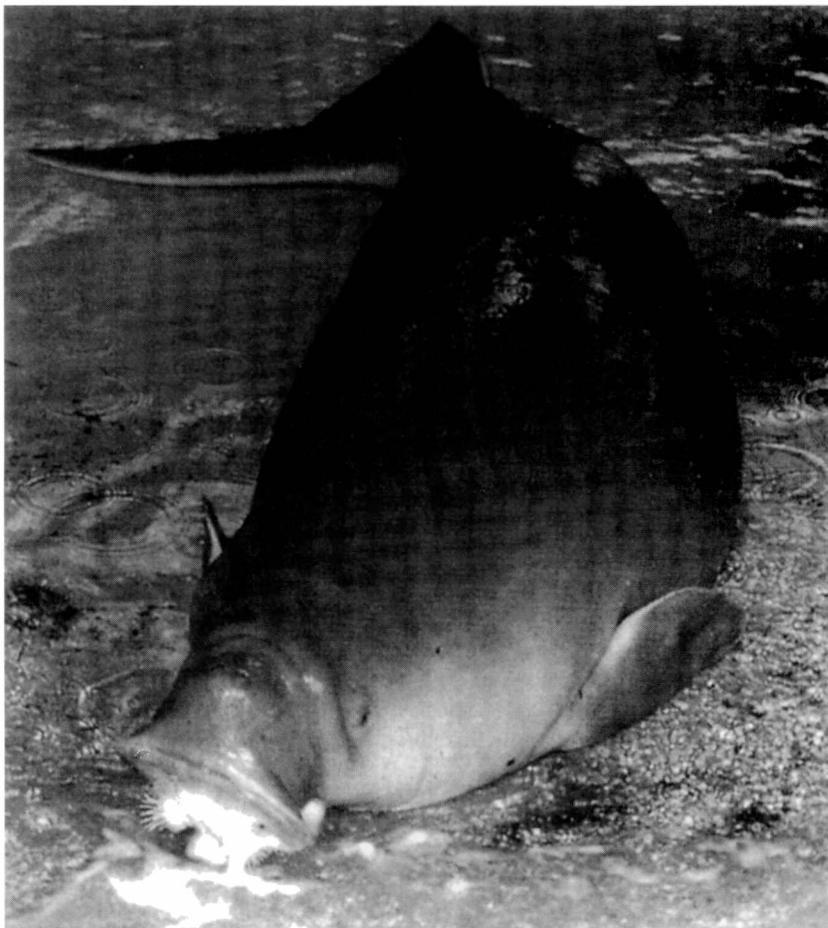
Además de los manatíes (orden Sirenia), otros mamíferos acuáticos podrían haber conducido a la creencia en las sirenas, entre ellos, cetáceos (ballenas, delfines y orcas) y pinípedos (focas, lobos marinos y morsas). Históricamente, el consenso se inclina por

los sirenios, pues ellos poseen un mayor número de atributos característicos de las sirenas.

Los sirenios poseen aspecto fusiforme, con los miembros anteriores transformados en paletas y los posteriores constituyendo una aleta caudal aplanada. Los adultos miden de dos a cuatro metros de longitud y pueden llegar a pesar una tonelada. Son animales relativamente solitarios, que pueden viajar en pareja o asociados en grupos de tres a seis individuos, poseen movimientos lentos y son completamente inofensivos. Pasan toda su vida en el agua, alimentándose de diversas plantas acuáticas.

Filogenéticamente se hallan relacionados con los elefantes (orden Proboscidea). Los sirenios comprenden dos familias actuales: Dugongidae, con los géneros *Dugong* (dugongo, una especie) e *Hydrodamalis* (vaca marina de Steller, una especie supuestamente extinta), y Trichechidae, con el único género *Trichechus* (manatíes, tres especies). El dugongo (*Dugong dugong*) se distribuía originalmente en la costa oriental de África hasta Mozambique, alrededor de Madagascar, en varias islas del Océano Índico, en el este asiático hasta Taiwán y las islas Ryukyu, en la costa australiana y en el Océano Pacífico. Se supone que en tiempos históricos esta especie se hallaba también en el este del Mar Mediterráneo, donde su contacto con seres humanos podría haber inducido varios de los relatos europeos acerca de las sirenas. En la actualidad, se halla en peligro de extinción, existiendo aún unos 30.000 individuos de la misma.

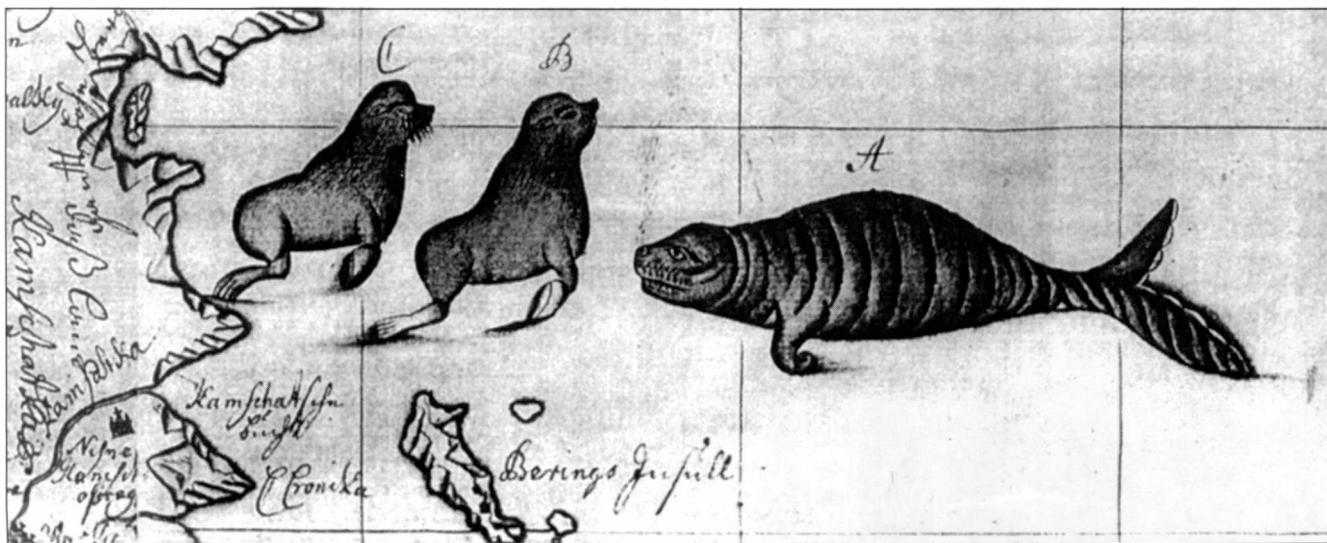
La vaca marina de Steller (*Hydrodamalis gigas*), conocida en ruso

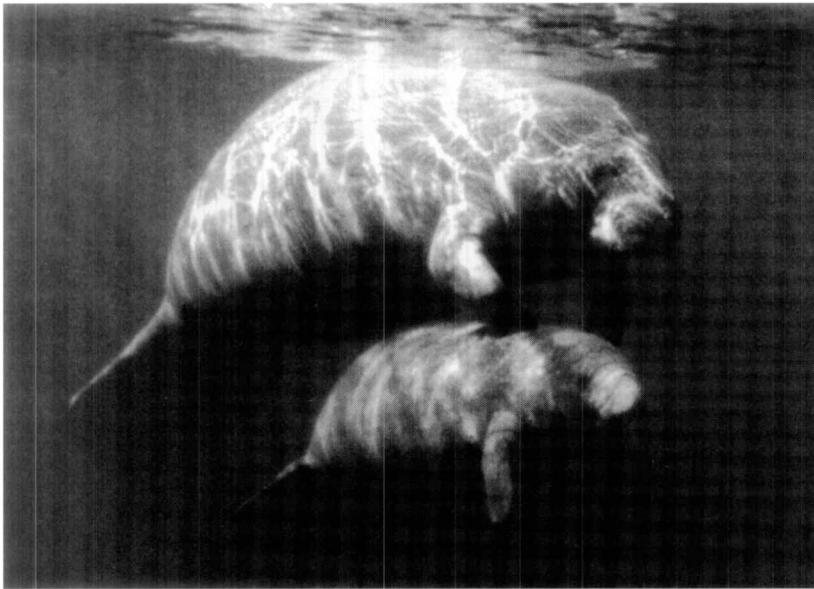


Dugongo
(*Dugong dugong*).

como Morskaya korova, fue descubierta en 1741 por el naturalista alemán Georg Wilhelm Steller, en el mar de Behring. Esta gigantesca especie, originariamente distribuida en el Océano Pacífico Norte desde Japón hasta California, ya se hallaba en regresión, y los 2000 individuos de la población descubierta no soportaron la caza excesiva, desapareciendo en el breve lapso de 27 años. Sin embargo, existen reportes rusos de 1962 y 1979 que indican el avistaje

Vaca marina de Steller (A), junto a dos pinipedos (B y C).





Madre y cría de manatí
(*Trichechus manatus*).

La sirenita
de Disney.



de algunos individuos, que podrían pertenecer a esta especie.

El género *Trichechus* posee tres especies: *T. inunguis* (manatí amazónico), distribuido en la cuenca del río

Amazonas; *T. manatus* (manatí de las indias Occidentales), ampliamente distribuido en las aguas costeras del Golfo de México y el Mar Caribe, Antillas, Bahamas, este del Brasil y cuenca del Orinoco; y *T. senegalensis* (manatí de Africa occidental), distribuido en aguas costeras y ríos africanos, desde Senegal hasta Angola. Las tres especies se hallan en peligro de extinción y ya han desaparecido de muchas de las áreas que habitaban en el pasado.

El trasuntar de un mito

Es de destacarse que en el pasado los sirenios fueron usualmente vistos a larga distancia y sin instrumentos ópticos sofisticados, por lo que sus rasgos podían dar lugar a confusas interpretaciones. Muchos de los relatos acerca de sirenas fueron efectuados por hombres de mar que pasaban largos periodos alejados de las mujeres, por lo que es razonable que ellos corporizaban sus deseos en estas criaturas.

El hecho de que las voluminosas hembras de los sirenios posean un par de mamas pectorales y que sostengan a sus crías pequeñas entre los miembros anteriores, otorgan elementos importantes para nutrir el mito de las sirenas. Quizá nos resulte increíble que semejantes animales hayan confundido a seres humanos de tan diferentes culturas. Sin embargo recordemos que los cánones de belleza instaurados en Occidente en tiempos pasados, idealizaban como saludables a las mujeres que hoy consideraríamos excedidas de peso.

A pesar de la recopilación de los datos expuestos, quedan aún fragmentos sin explicación cierta. Bernard Heuvelmans, el padre de la criptozoología (disciplina que describe y clasifica los animales conocidos sólo por evidencia circunstancial o cuyas pruebas materiales son insuficientes), comenta que unos 50 reportes de criaturas asimilables a sirenas provienen de áreas donde no existen, ni probablemente existieron en tiempos históricos, manatíes ni dugongos. Cabe preguntarse, entonces, si surgirá algún testimonio que permita desmitificar totalmente a las sirenas o si el mito habrá de perdurar. Quizás alguna especie aún desconocida espera ser descripta por la ciencia.

Cualquiera sea el resultado del proceso de desmitificación, las sirenas indudablemente sobreviven en la memoria humana. Pero, ¿por qué ellas siguen estando presentes? Peter Dance, del Museo Británico

de Londres, ensaya una posible respuesta - así como los seres humanos han querido desde siempre volar como pájaros, también han querido nadar como peces, de donde surgiría la razón para la persistencia de la leyenda de las sirenas. Es así como en la sociedad actual, un mercado propenso a lo fantástico hace que sirenas y otros seres imaginarios (gnomos, ángeles, etc.) sean el blanco de diversas modas ornamentales, libros mitológicos, películas (La sirenita, de los estudios Disney), etc. Estas son,

entre otras, algunas de las propuestas comerciales que renuevan los mitos en nuestra sociedad.

Agradecimientos: Agradecemos a Paula Posadas por la lectura crítica del manuscrito y a Mercedes Paz por suministrarnos parte del material gráfico.

Referencias

- Benton, J. R. 1992. *The medieval menagerie*. Abbeville Publishers, New York.
Cohen, D. 1991. *The encyclopedia of monsters*. Fraser Stewart, Londres.
Ellis, R. 1994. *Monsters of the sea: The history, natural history, and mythology of the ocean's most fantastic creatures*. A. F. Knopf, New York.
Heuvelmans, B. 1986. Annotated checklist of apparently unknown animals with which cryptozoology is concerned. *Cryptozoology* 5:1-26.
Meurger, M. & C. Cagnon. 1988. *Lake monster traditions: A cross-cultural analysis*. Fortean Tomes, Londres.
Novak, R. M. 1991. *Walker's mammals of the World*. The John Hopkins Univ. Press, Baltimore y Londres.
Robinson, A. J. & L. Block. 1986. *An odd bestiary*. Univ. of Illinois Press, Urbana y Chicago.
Salas, A. M. 1968. *Para un bestiario de Indias*. Losada, Buenos Aires.
Thompson, C. J. S. 1994. *The mystery and lore of monsters*. Barnes & Noble Books, New York.
Wendt, H. 1982. *El descubrimiento de los animales: De la leyenda del unicornio hasta la etología*. Planeta, Barcelona.
White, T. H. 1984. *The book of beasts- Being a translation from a Latin bestiary of the Twelfth century*. Dover Publications, New York.

¹ Laboratorio de Sistemática y Biología Evolutiva (LASBE), Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP; Investigador del CONICET.
² Diseñador Gráfico-UBA.



TELEMET SIAP S.A.

Fabricante de: Instrumental Meteorológico e Hidrométrico
Teléfonos Públicos

Fábrica y Administración: Calle 31 N° 470/ 72 (1900) La Plata
Teléfonos y Fax: (021) 25-3556 / 24-9617 / 24-4923

Oficinas en Buenos Aires: Avda. Belgrano 615, 7º I,
Tel. y Fax: (01) 342-0277 y 343-6801